

La clase de equitación

Estaban agazapados con sus rifles en el piñal, observando cómo un hombre enseñaba a montar a caballo a su hijo. Era el verano de 1902 en Hawai.

Llevaban mucho rato sin decir nada. Simplemente permanecían al acecho observando al hombre, al muchacho y al caballo. Lo que veían no les hacía muy felices.

—No puedo hacerlo —dijo Greer.

—Esto es una putada —dijo Cameron.

—No puedo matar a un hombre mientras le está enseñando a montar a caballo a su hijo —comentó Greer—. Yo no soy así.

Greer y Cameron se sentían a disgusto en el piñal. En Hawai parecían fuera de lugar. Los dos iban vestidos de cowboys, con unas ropas más apropiadas para Oregón oriental.

Greer llevaba su arma favorita: un Krag 30:40, y Cameron un Winchester 25:35. A Greer le gustaba tomarle el pelo a Cameron por su rifle. Greer solía decir: «¿Por qué conservas este rifle para conejos cuando podrías conseguir un arma de verdad como mi Krag?».

Observaban muy concentrados la clase de equitación.

—Bueno, ahí van 1.000 dólares para cada uno —dijo Cameron—. Y ese maldito viaje en ese maldito barco ha sido en

balde. Creí que nunca podría dejar de vomitar, y ahora tendré que hacer el viaje de vuelta con cuatro chavos en el bolsillo.

Greer asintió.

El viaje de San Francisco a Hawai había sido la experiencia más terrorífica por la que habían pasado, más terrible incluso que cuando le dispararon diez veces a aquel ayudante del sheriff de Idaho y seguía sin morirse, y al final Greer tuvo que decirle al agente de la ley:

—Por favor, muérase, porque no queremos tener que volver a dispararle.

El ayudante del sheriff dijo:

—De acuerdo, me moriré, pero no vuelvan a dispararme.

—No volveremos a dispararle —dijo Cameron.

—Muy bien, estoy muerto. —Y lo estaba.

El hombre, el chaval y el caballo estaban en el patio de delante de una gran casa blanca sombreada por cocoteros. Era como una isla reluciente en medio del piñal. De la casa salía una música de piano. Flotaba perezosamente a través de la cálida tarde.

En ese momento una mujer apareció en el porche delantero. Se comportaba como esposa y madre. Llevaba un vestido largo y blanco con el cuello alto y almidonado.

—¡La cena está lista! —chilló—. ¡Venga, a comer, cowboys!

—¡Maldita sea! —dijo Cameron—. Ahora sí que hemos perdido de verdad los 1.000 dólares. De todas todas, ese tipo debería estar muerto y medio amortajado en el salón, pero ahí lo tienes, entrando en su casa para comer.

—Larguémonos de este Hawai de los demonios —dijo Greer.